

«Socio-económicamente hablando, nos hallamos en una fase enfático-pasiva en base a un previsible relanzamiento vigorizante de la apoyatura fiduciaria». Comienzo mi crónica con esta frase de un personaje de Forges, lo primero, porque es la pura verdad. Y lo segundo, porque el primer «eco de sociedad» que esta semana tengo anotado en mi cuaderno es precisamente el acto de presentación en el Bourbon's de Madrid del libro de Forges. O, como él mismo gusta de decir, para solidarizarse con los de su gremio, de «El libro del Forges». El Perich, el Chumy, el OPS, el Summers (y los muchos otros)... y ahora, el Forges, ¡buenos están los señores regidores con esta pléyade de ingenios! ¡Contentos les tienen! Pero la presentación del Forges, de la que hablaré en seguida, no fue el único acto al que asistí durante la semana. Hubo más, y no me refiero a ningún acto político. He cultivado más bien mi afición a las bellas artes visitando algunas exposiciones de las que creo interesante dar aquí noticia. Así, una crónica que, burla burlando, comienza con los narigudos habitantes de los sillones de Forges, pasa luego a ocuparse de una exposición de viejos juguetes y de la muestra-manifiesto de un joven pintor, para terminar recogiendo la aparición de un personaje no tan extraño, si bien se mira, a nuestro momento histórico: Felipe II, retratado por Antonio Saura en una prodigiosa serie de litografías.

● Ingenio, lo que se llama ingenio, lo tiene Antonio Fraguas, alias «el Forges», a raudales. Da prueba de ello todos los días en el diario «Informaciones», o todas las semanas en «Hermano Lobo». Su fecundidad es notable. El libro que acaba de aparecer recoge, junto a una antología de los dibujos publicados, muchos otros que se quedaron prudentemente inéditos. La presentación de la otra tarde fue «amenizada», con suma gracia y ocurrencia, por Tip y Coll. El local estaba abarrotado de gente. Los había progres y menos progres, pero en conjunto fue una fiesta perfectamente liberal. La fiesta, por decirlo con un adjetivo *forghiano*, de la revolución «poseibol». Contrariamente a algunos de sus compañeros en el arte del humor gráfico, Forges no pretende provocar ninguna ruptura. La hermenéutica discute a veces si Forges está dentro o fuera del «establishment», pero a él no parece preocuparle esta cuestión y se limita a ironizar sobre lo que ve y, especialmente, sobre lo que oye. Nadie ha hecho mejor que él la caricatura del lenguaje de los españoles de hoy, sobre todo, del lenguaje político. Ahí está su serie de los sillones, su serie parlamentaria y, también, su serie de las máquinas o de los «forgendros». Su humor pasa sin estridencias y cala a veces muy hondo. Quizá su aportación de más calidad sea la serie en que Blasillo y su amigo sin nombre dialogan mientras pasean ante paisajes de tierras de pan llevar. He aquí unas muestras: «Le he dicho al señor alcalde que aprovechando el viaje de la comisión para lo de la liguilla de ascento a Cuarta Regional a la capital, que por qué

silla de pista

PINTURA Y POLITICA

no preguntan también por lo de la escuela». «¿Y qué te ha dicho?». «Que se me ve el plumero». «Anecdótico». Otra: «Pues tengo entendido que nosotros somos el futuro». «De ellos». El libro termina con un dibujo en que aparecen estos dos niños mirando un desolado paisaje de España. Blasillo, extendiendo el brazo, le dice a su amigo: «Ahí la tienes; báilala».

● «Com un gran mirall», «como un gran espejo», titula un pintor catalán, Frederic Amat, su exposición de la galería Redor. Digo una exposición y no digo bien. Es una propuesta para asumir íntegramente lo que somos. Una biografía total. La sala está revestida de cortinas negras, erizada de alambradas tras de las que se ven trapos colgados, negras banderas, sacos, trampas, pañuelos, un inmenso cuchillo sobre un plato lleno de ceniza, un pollo desplumado colgado en el espacio, y luego, por todas partes, multitud de cajas y cofres, cada uno de los cuales contiene un pequeño mundo, un trozo de vida personal: un peine, un puñado de maíz, un cen-



tímetro de modista, un huevo frito, una corona funeraria. Los sonidos concretos del altavoz dan todavía vida a esta «mise en scene». Amat consigue, o está muy cerca de conseguir, ese «ambiente que llegue a provocar un diálogo con el público», como él mismo propone en su catálogo. «La obra que a mí me interesa, añade, ha de estar vinculada a un estado, tiempo y lugar concretos».

● Beatriz es una chica madrileña que se ha dedicado a buscar viejos juguetes que encuentra en chamarilerías o cacharrerías. «En esas tiendas —me dijo— donde parece que no venden nada». Me atreveré a decir que la librería Antonio Machado, donde Beatriz expone actualmente sus juguetes, no ha prestado la atención debida a esta exposición. La ha relegado a una poco accesible trastienda. No son muchos los juguetes expuestos, pero su «display» está desaprovechado. Viejas peponas de cartón piedra, camiones de hojalata, payasos articulados, rudimentarios juguetes mecánicos, dotados de ingenuos movimientos; caballos de cartón, casitas de muñecas, un cuarto de baño de juguete, con paredes de espejo, y luego, el cabás del colegio, el plumier con dibujo patriótico, el pobre costurero, el tamborcito de bordar... La infancia de los españoles de hoy está allí dentro. Un pedazo de nuestra historia. Alfredo Alcáin ha dibujado el cartel con que Beatriz anuncia sus juguetes. Esos juguetes comprados en oscuras tiendas y que, sin embargo, son totalmente suyos, perfectamente suyos, igual que si ella los hubiera construido para enseñarnos algo más de nosotros mismos.

● Cuando el Equipo Crónica expuso el año pasado en la galería Juana Mordó sus variaciones velazqueñas, los componentes de un rancio y patriótico comando escribieron en la fachada: «¡Viva Felipe IV!». Ahora el asunto se presenta más grave, porque Felipe IV no tiene, ni con mucho, entre nosotros el predicamento y devoción de que goza su egregio abuelo. Bien que ampliamente desbancado en «prudencia» política, el segundo de los Felipes es, sin embargo, un semidiós en el firmamento patrio. Pues bien, a Felipe II ha osado retratar Antonio Saura. El retrato, realizado en una serie de cuatro litografías, se expone ahora en la misma sala, en el conjunto de una colección de muchas otras obras. Recordaré solamente dos de ellas: un impresionante autorretrato de Rembrandt en su vejez (cuando, según dijo un crítico, «se derretía como un camembert») y una «réplica» de esa cabeza de perro de Goya que mira a un negro espacio sin horizonte. El retrato del Rey de Saura está «tomado» del que le hiciera Sánchez Coello, y está tomado, sobre todo, del espíritu de Felipe tal como lo conocemos nosotros. No es un retrato «irreverente». Es un retrato «real». Un retrato «muy propio», «clavao», como se diría popularmente. Y así, mi crónica va desde el tenue y a veces doloroso humor de nuestros días a este tremendo retrato, no menos de nuestros días, hecho con trazos de furia y de rabia.

■ LUIS CARANDELL.